

mento común y aprendieran a conocerse y a vivir y trabajar juntas.

Que así no fuera, es culpa personal de Federico Guillermo III. Él mismo había admitido públicamente, en 1815, que Prusia debía recibir representaciones territoriales que abarcaran todo el estado. Hasta promulgó en 1820 una ley que hacía depender del consentimiento de todas las delegaciones territoriales la concertación de nuevas deudas públicas. Pero no se decidió a convocar esta Asamblea. Como muchos de sus contemporáneos, vivió durante toda su vida bajo el temor de una revolución y este miedo se contagió muy pronto a su gobierno. Simultáneamente se produjeron sucesos que se recuerdan con desagrado. Por orden del rey, se persiguió, durante años, a demagogos, que, o bien no eran tales, o, si lo eran, no hubieran encontrado un pueblo que conducir o seducir.

Sin contar que en las fronteras del propio país podía rumorear sin restricciones "la maldad simiesca de viles chapuceros", Prusia, en combinación con Austria, impuso también a los demás estados alemanes, un régimen de mordaza policial que puede calificarse solamente como indigno y vergonzoso. Fué entonces, cuando al estado de Federico el Grande, el librepensador, se le creó la fama de opresor violento de la opinión libre y del pensamiento independiente y en su escudo de honor apareció una mácula que nunca más se pudo borrar y que siguió corroyéndolo como la herrumbre.

En ese estado de ánimo, que dominó la primera década después de 1815, no era lógico pensar en la convocatoria de la asamblea pública prusiana, y una vez postergada, la resolución no llegó a realizarse jamás. Hubo que contentarse con una nueva declaración del rey: "Yo determinaré cuándo se cumplirá el precepto constitucional sobre la

asamblea de representaciones territoriales. Es deber de los súbditos, esperar el momento que yo pueda reputar conveniente".

Se perdía con ello una oportunidad que no volvería a presentarse. ¡Qué fácil hubiera sido para un gobierno que supiera lo que quería y tuviera conciencia de su poder, realizar sin peligro alguno para el estado, todos los deseos sensatos, que entonces eran bastante modestos! Estaba todavía en su mano la posibilidad de definir la medida y el carácter de lo que quería conceder; existía todavía la facultad, para Prusia, de crear una forma de constitución, independientemente de los modelos extranjeros, que correspondiera a su naturaleza y a sus necesidades, y que hubiera influido como ejemplo para el resto de Alemania.

Pero ante todo, tal resolución era necesaria e impostergable si Prusia deseaba ser y seguir siendo el estado dirigente en el Reich. Todas las personas sensatas lo comprendieron y hasta un hombre como el anciano Blücher, que verdaderamente no era ni demagogo ni demócrata, escribió: "¿Por qué se nos deben adelantar Baviera y otros estados? Se siente ya íntimamente que debe haber una constitución".

Nada ocurrió. La palabra del rey no fué cumplida, y entre Prusia y el sur se abrió un nuevo abismo, más difícil de salvar que todas las diferencias de idiosincrasia popular y de costumbres, y casi tan amplio como el cisma confesional. Arraigó cada vez más hondo el prejuicio de que en el sur reinaba la libertad y el progreso, mientras que en Prusia no se quería abandonar el despotismo de una época superada y se trababa el desarrollo natural de la nación.

La persecución de los llamados demagogos, que se rea-

lizaba desde Viena y Berlín en 1819, también perjudicó en adelante y desde su comienzo, el movimiento por la unidad alemana. Éste también fué considerado por los gobernantes como revolucionario y subversivo. Estudiado de cerca lo era también, aunque ni lo sabía ni lo quería. Desde hacía seis siglos, la política de los gobiernos trabajaba invariablemente para destruir la unidad; un documento tras otro, cada uno de indudable valor legal público, señalaba los progresos disolutivos y, muy poco antes, en 1815, hasta un Congreso europeo había extendido el certificado de defunción a la unidad nacional del Reich. Quien la anhelaba a pesar de eso, pretendía anular el derecho vigente, fundado en la historia y documentado en tratados. Desde el punto de vista de los gobiernos, que basaban su propio derecho y su soberanía, precisamente sobre esos documentos, esto no era más que subversión, revolución, y debía ser reprimido.

La represión nada logró, ¡al contrario!: contribuyó a que el nuevo ideal de la unidad nacional —la ansiada exigencia por ser lo que se pudiera ser— se robusteciera y se difundiera, especialmente entre la juventud. No dañó a su difusión y tal vez la benefició el hecho de que la Unión Estudiantil Alemana, que no quería otra cosa que la elevación de Alemania a un puesto digno de ella, fuese perseguida, disuelta, proscripta por la policía y la justicia. El martirio fué también aquí la mejor propaganda.

Los que venían a la vida después de 1815, traían ya en el corazón, bajo alguna forma, el ideal de la unidad alemana; crecían a la sombra de los recuerdos de 1813, y, como acontece siempre, la grandeza de esos sucesos se mostró cada vez más evidente y su influencia fué tanto más fuerte cuanto más se alejaban en el pasado.

Llegó el año 1840, que, junto con las complicaciones

generales europeas, hizo inminente el peligro de un ataque francés. Poco faltó para que, como pasó en 1792, estallara de nuevo la lucha por la orilla izquierda del Rin. La borrasca del peligro atizó poderosamente el fuego que dormía bajo las cenizas. De golpe se manifestó lo que pensaba Alemania. Fué entonces cuando la nación tuvo de nuevo la plena conciencia de su verdadera situación. Repentinamente, se supo otra vez que Francia era el enemigo hereditario; se supo eso mejor que nunca y el reconocimiento tomó vuelo en la palabra y en la canción. Se cantó el himno de Becker al libre Rin alemán: "La guardia del Rin", y "Alemania por sobre todo", penetraron en las masas y se convirtieron en himnos nacionales de los alemanes.

En toda la línea la fuerza de la realidad hacía presión en el mismo sentido. La unidad estatal para la nación no era el sueño romántico de una pensativa juventud: era la necesidad de la vida práctica. Debía venir; parecía venir, por decirlo así, por sí sola, especialmente desde que la Unión aduanera prusiana había creado de hecho en gran parte la unidad de la vida comercial. Ya en el año 1840, un francés que viajaba por Alemania tuvo claramente la impresión de que la unidad alemana estaba reconstituyéndose. "¡Qué magnífico espectáculo: un gran pueblo cuyos miembros desparramados vuelven a unirse y que retorna a la nacionalidad y con ella a la vida!".

Y, sin embargo, la unidad no podía venir por sí misma. Podía madurar la idea, crecer el deseo; pero la acción debía ser apetecida y cumplida desde un determinado núcleo. Cada vez más se abría camino también el reconocimiento de que ese núcleo no podía ser otro que Prusia. A pesar de todo lo que se podía reprochar a Prusia en el sur y en el norte, en círculos siempre más vastos se veía en ella al libertador que vendría a eliminar la impotencia y la

mezquindad, porque simplemente no había otro que pudiese cumplir la obra. Esto también estaba en la naturaleza de las cosas; la realidad empujaba hacia ella. De otra manera, ¿cómo hubiera podido el francés Edgar Quinet —que conocía a Alemania, que entendía la tranquila y poderosa aspiración de los alemanes y veía llegar el peligro para su propia patria— atreverse a emitir en 1832 el grito profético con que quería advertir a sus compatriotas: “¡De Prusia vendrá un hombre!”.

Cuando en el año 1840 el rey Federico Guillermo IV subió al trono de Prusia, muchos creyeron ver en él al deseado en todo ese tiempo. Muy pronto se vieron desengañados. Muy rara vez un soberano fué tan poco apto para la tarea que lo esperaba. No la vió ni la quiso ver. Mientras todo impulsaba hacia el porvenir, su espíritu estaba lleno de imágenes del pasado. Él también soñaba con la magnificencia “tudesca” (1), pero lo que le atraía era el esplendor de antaño. Sus ojos buscaban la luz en el ocaso del sol de un gran pasado, mientras todos esperaban la aurora de una nueva era. Para él eran sagrados los derechos heredados por los demás; ignoraba que él mismo tenía un inalienable derecho al porvenir. Y estaba dispuesto a sostener la jofaina durante la ceremonia de la coronación, como gran chambelán, de un nuevo emperador romano de la nación alemana, salido de la antiquísima casa de Austria. No concebía que él mismo tenía, por el derecho no escrito que está en las cosas mismas y nace con lo que vive, una pretensión más legítima a la corona imperial alemana. No poseía una chispa del espíritu de Federico el Grande. ¿Cómo podía cumplir la obra de ese

(1) El autor usa la antigua dicción “teutsch” para expresar una intención peyorativa del rey prusiano, que tenía casi la amplitud del “deutsch” alemán. (N. del T.)

gigante? Asimismo cuando se le quiso obligar a ello, lo echó a perder todo. Con su modo de ser, este rey de Prusia llegó a constituir la desgracia de Alemania, prueba elocuente de cuanto significa en la historia un solo hombre, no por lo que es, sino por lo que no es.

Permítaseme aquí una digresión, que no puedo reprimir, porque sirve para desvirtuar un juicio que, aunque suele repetírsele en general, no deja de ser una maligna falsificación de la verdad histórica. Casi ningún otro concepto está tan difundido como el de una Prusia rapaz, que quiso la unidad alemana únicamente por egoísmo, en el ciego afán para agrandar su crudo instinto de poderío y supo crearla sólo con la violencia. Esto es exactamente lo contrario de la verdad. Si en general se puede hacer un reproche a los soberanos y políticos prusianos, es que no hayan querido hacer más resueltamente, con menos contemplaciones y con mayor lógica, lo que tanto para Prusia como para Alemania era una necesidad apremiante, un imperativo categórico. Si realmente ese impulso de conquista hubiera estado en el espíritu del estado prusiano, como se lo achacan sus enemigos, en contradicción con la verdad, la historia de Prusia y de Alemania hubiera tenido otro aspecto desde Federico el Grande; las negligencias entre los años 1788 y 1806 no se hubieran producido y, menos aún, éstas de que hablamos ahora.

Ya al asumir el gobierno Federico Guillermo IV, se sabía que también para Prusia había sonado la hora de modificar su forma de gobierno, en concordancia con las exigencias de la época. El mismo Federico Guillermo pareció comprenderlo así; sin embargo, vaciló largos años en su decisión. Cuando finalmente en el año 1847 se atrevió al gran paso, lo hizo con una medida a medias. La convocatoria de la Asamblea que reunía a las Dietas de las

distintas provincias, no satisfizo a nadie. Desde el punto de vista de los partidarios de lo antiguo, constituía una demasía, una concesión arriesgada; para los otros era demasiado poco, ni siquiera un pago a cuenta de los postulados que creían justificados. La asamblea no dió fruto alguno. El rey le negó lo que ella reclamó ante todo: el reconocimiento del carácter de representación popular constitucional, con los derechos de reunirse periódicamente y de decretar impuestos, no porque el monarca lo creyera inadmisibles en sí, sino porque se lo exigían. Debía constituir una donación espontánea por la merced del padre del país. Por ello dispuso la convocatoria reglamentaria, sólo cuando la Dieta se había disuelto, el 6 de marzo de 1848. Fué un capricho absolutista patriarcal, pero tuvo las más graves consecuencias.

Cuando esto ocurrió, en la mayoría de los estados alemanes la revolución incruenta ya estaba en marcha. Bajo la impresión del derrumbe de la monarquía francesa (24 de febrero de 1848), en todas partes las oposiciones habían cobrado ánimo y los gobiernos lo habían perdido. Cayeron como castillos de naipes; ministerios liberales, formados con dirigentes de la oposición parlamentaria, tomaron las riendas. La "libertad" hacía su entrada en Alemania.

Junto con ella debía venir la unidad. Todo el movimiento de 1848 tiende desde el primer día a esa finalidad. Se anhela el estado de estructura análoga a la que se conoce en Francia e Inglaterra, pero se desea también el estado nacional, que desde hace mucho poseen estos países modelos. Precisamente a través de lo que se llamaba "liberación" se creía ganar la unidad por la vía más segura. Los antiguos gobiernos no habían podido o no habían querido crear lo que la nación exigía; la nación misma, pues,

debía poner manos a la obra: así el resultado no podía ser dudoso. ¡Por la libertad a la unidad, por la revolución al Reich!

Ante la tormenta que había estallado, la Dieta federal de Francfort, cedió inmediatamente. Inició la reforma y adoptó (el 2 de marzo) el escudo y los colores del movimiento nacional, la antigua águila alemana y el negro-rojo-oro de la Unión estudiantil. Metternich no pudo sostenerse ya en Viena y se retiró el 13 de marzo.

Se presentaba la gran oportunidad para Prusia; su mies estaba madura, bastaba segarla solamente. El rey no necesitaba hacer otra cosa que permanecer firme, proteger su estado contra las conmociones, marchar con calma y sin miedo hacia el objetivo, y sería el conductor de la nación. Austria entre tanto se había retirado del juego, corroída de pronto por sublevaciones, sus provincias y nacionalidades en rebelión contra la Corona y el estado en peligro de disolverse en sus partes componentes. En las otras capitales alemanas se vivía en la permanente angustia de que el movimiento desencadenado progresara y barriera también los tronos. Contra este peligro, Prusia brindaba la mejor, la única protección, y por esta causa todos estaban dispuestos a subordinarse a ella. ¡Sólo Prusia no debía ser atacada por la revolución! Cómo lo lograría, si por represión o por concesiones, era una cuestión secundaria.

Para ello era imprescindible una sola cosa: voluntad de realizar. Pero Federico Guillermo IV carecía de ella. Tenía horror a asumir derechos que no le correspondían, a tener que usar tal vez la violencia contra sus cosoberanos. Lo más ignominioso era a sus ojos la revolución, y ser elevado a la cabeza de Alemania por una revolución le parecía una indignidad. Como todos los caracteres media-

nos y débiles, sabía exactamente lo que no quería, pero ignoraba del todo lo que quería, y como sucede fácilmente con estos temperamentos, así le ocurrió también a él: se vió obligado a hacer lo que no había querido.

No necesito narrar de qué modo erró el objetivo más inmediato: ahorrarle a Prusia la revolución. Hubiera sido cosa fácil. Sólo con un poco de firme voluntad y de calma en los puestos directivos no hubiera habido en Prusia un "cuarenta y ocho". La debilidad del rey, el atolondramiento de los que le rodeaban, llevaron las cosas tan lejos, que el 18 de marzo la rebelión estalló con viva llama en Berlín y al día siguiente la revolución dominaba a la ciudad y al rey. Un desgraciado cuarto de hora en el gabinete real decidió la situación; las tropas se retiraron; la Corona misma depuso las armas.

Ahora también Prusia se deslizaba cada vez más por la pendiente. Frente a los hechos patentes, sonó como una burla que el rey, que acababa de humillarse profundamente ante el populacho de la capital, afirmara en un presuntuoso manifiesto que en la hora del peligro asumía la jefatura de la nación y que de ahí en adelante Prusia se fusionaba en Alemania. ¿Qué podía beneficiar a la nación un jefe que no veía su ruta y se dejaba empujar por vías en las que no quería marchar? Además, lo importante no era el rey, sino Prusia y la potencia prusiana. Un estado que se halla en peligro de perderse a sí mismo, que hasta declaraba querer disolverse —pues no otra cosa significaba fusionarse en Alemania—, un estado semejante, tampoco podía beneficiar a Alemania, que necesitaba más que todo una voluntad de hierro y un brazo de acero.

Prusia soportó durante medio año el estado revolucionario. La revolución era un contrasentido, ya que sólo participaron en ella la capital y una pequeña parte

de la provincia, mientras que la enorme mayoría del pueblo no quería saber nada de ella, y los pilares del estado, la burocracia y el ejército, se mantenían inmovibles. Cuando volvió la cordura, el orden moral fué restablecido sin mayor esfuerzo. En noviembre, con la entrada sin obstáculos de las tropas en Berlín, estaba decidida la victoria de la Corona; en diciembre, la revolución terminó solemnemente con la concesión de una constitución. Prusia se había encontrado de nuevo a sí misma. Externamente no era la antigua Prusia: se había puesto finalmente el traje constitucional rechazado por tanto tiempo. Pero su cuerpo estaba intacto y su organismo era tan firme y fuerte como antes: era un estado militar y burócrata, rígido, consciente de su fuerza. Nada había perdido con la revolución, excepto algo que no podía reemplazarse: una oportunidad incomparable.

En los meses que van de marzo a diciembre, también en los demás estados alemanes había vuelto la calma y desaparecido el miedo. La inclinación a subordinarse a Prusia ya no era tan viva. Pero sobre todo, Austria había resurgido. Después de graves luchas, en que por momentos pareció disolverse la monarquía, la Corona resultó vencedora en lo principal. Bohemia, Lombardía y Austria alemana, habían sido sometidas otra vez por las armas; un nuevo soberano, Francisco José, y un político resuelto y de claro instinto, el príncipe Schwarzenberg, se habían puesto a la cabeza y con ellos habían vuelto también la antigua confianza propia y las viejas aspiraciones. Ya no existía allí razón de peso para ceder el paso a Prusia. El momento en que el dualismo pudiera haberse extinguido solo y fundarse sin lucha la unidad alemana, se había perdido.

En esta situación, lo que podía llamarse la represen-